



RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD

2ª Parte de la Eucaristía. Liturgia de la Palabra



La Iglesia anima a todos los cristianos a que aprendamos “el sublime conocimiento de Cristo” con la lectura frecuente de la Sagrada Escritura. Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo. Pero no olvidemos que debe acompañar la oración a su lectura, para que se establezca el diálogo entre Dios y el hombre; porque a El hablamos cuando oramos y a El oímos cuando leemos la Palabra.

La Palabra de Dios es sacramental, lo cual significa que es sagrada, y que como tal, hace presente lo que expresa. Mientras Jesús hablaba por el camino a los abatidos viajeros y les explicaba las palabras que en las escrituras se referían a él, ellos sintieron cómo sus corazones comenzaban a arder, es decir experimentaron su presencia. Al hablar sobre sí mismo se hizo presente en ellos. Con sus palabras logró mucho más que hacerles pensar en él, instruirlos acerca de él o inspirarles con su recuerdo. La Palabra leída y hablada pretende llevarnos a la presencia de Dios y transformar nuestras mentes y nuestros corazones. Todo el poder de la Palabra radica, no en cómo la apliquemos a nuestra vida, sino en su capacidad de transformación que realiza mientras la escuchamos.

Hemos de preguntarnos:

¿Cómo viene Dios a mí mientras escucho la Palabra?

¿Cómo puedo discernir que la mano sanadora de Dios llega a mí a través de la Palabra?

¿Se transforman en este preciso momento mi tristeza, mi aflicción y mi llanto?

¿Siento cómo el fuego del amor de Dios purifica mi corazón y me da nueva vida?

Estas preguntas me llevan al sacramento de la Palabra, el lugar sagrado de la presencia real de Dios.

La mayoría de nosotros ya sabemos, generalmente de manera inconsciente, del poder curativo y del poder destructor de la palabra hablada. Cuando alguien te dice “te quiero” o “te odio” no solo recibes una información útil, esas palabras hacen algo en ti. Hacen que tu sangre se altere, que tu respiración se acelere, que tu corazón lata más deprisa...Me elevan a una nueva manera de ser. Estas palabras tienen el poder de sanarme o de destruirme.

El carácter sacramental de la Palabra hace a Dios presente no sólo como una presencia personal e íntima, sino también como una presencia que nos asigna un lugar en la gran Historia de la salvación. El Dios que se hace presente no es sólo el Dios de nuestro corazón, sino también el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob..., el Dios de Pedro y Pablo.... el Dios cuyo amor, que abarca el mundo entero, se nos revela en Jesús, nuestro compañero de viaje.

La Eucaristía nos llama a una vida eucarística, a una vida en la que seamos conscientes de nuestro papel en la historia de la salvación sin quedar atrapados en las preocupaciones de la vida diaria. Sin la Palabra que hace arder nuestros corazones nuestra vida carece de sentido.

*Palabra de Dios
¡Te alabamos, señor!*

“La Eucaristía. Sello y presencia del amor de Dios”. Conrado Maglioni. Ed. Paulinas. Un buen libro.

